

QUINTA ESQUINA

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Pinturas de guerra



En dos volúmenes aparecidos de forma independiente en los años 2003 y 2005, y reunidos en un único libro en 2007, Ángel de la Calle alcanzó con *Modotti, una mujer del siglo veinte*, uno de los más rotundos logros del cómic en español de la pasada década. Al recrear la vida de la friulana Tina Modotti, una de las mayores fotógrafas de su tiempo, la obra aunaba el relato del compromiso político con el artístico y proponía, si la apelación a Peter Weiss no resulta fallida, el estudio de una de las estéticas de la resistencia más fascinantes de la época. La aventura de Modotti, que ha seducido a personalidades tan distintas como Elena Poniatowska y Antonio Saborit, permitió a De la Calle trazar un resumen de los movimientos revolucionarios que sacudieron el mundo durante la primera mitad del siglo, tanto en el ámbito de la política como en el del arte. El México de los muralistas y de Edward Weston, la Unión Soviética de Vladímir Maiakovski y del Cine Ojo, el Berlín de entreguerras de Bertolt Brecht y Walter Benjamin diseñaban el cronograma al que el dibujante prestaba su talento mediante una perspectiva admirable. La muerte de Modotti en París, sucedida en 1942, clausuraba la acción en medio de la más absurda carnicería del siglo.

Conviene no perder de vista este calendario al hablar de *Pinturas de guerra*, la nueva obra de Ángel de la Calle que acaba de ver la luz en El Reino de Cordelia. Pues a su modo compone una bilogía con la precedente al prolongar su asunto central (la simbiosis entre compromiso político y vanguardia artística), si bien ajustando cuentas con otro periodo de la Historia, no menos apasionante que el anterior y sin duda no menos sangriento. En este caso, las décadas de los años 60 y 70 del pasado siglo en los países de América Latina, con su agitación constante por culpa de la violencia estatal, el ascenso de las dictaduras y los perversos réditos de la Guerra Fría.

De la Calle, que ya se propuso a sí mismo como personaje en *Modotti*, figura no vicaria sino capital que desde dentro del dibujo coordinaba las andanzas de sus creaciones, reaparece en *Pinturas de guerra* transformado en un joven español, inocente y gloriosamente despistado, que aterriza en París a comienzos de los años 80. Allí, debido a un malentendido, el evidente aroma vilamatiano de su pequeña epopeya no lo conducirá hasta los cuidados de una casera llamada Marguerite Duras, sino hasta un estudio de la Avenue de la Bourdonnais, la calle en la que murió Rostand, el autor del Cyrano, donde frecuentará a cierta red de artistas latinoamericanos exiliados que arrastran la fatalidad de sus biografías. Conviene precisar que el joven De la Calle no viaja a París buscando una meca de la imagen, sino con el ansia de escribir un libro acer-

ca de otra mujer no menos lúcida y marcada por la rebeldía. Quien aquí recoge el testigo de Tina Modotti es nada menos que Jean Seberg, esposa de Romain Gary y musa de la *nouvelle vague*, rediviva Juana de Arco de los desfavorecidos y de las minorías, involucrada en movimientos tan decisivos en la política de la segunda mitad del siglo como fueron las Panteras Negras y la causa palestina. Claro que el proyecto de libro sobre Jean Seberg es en realidad secundario, una excusa para impulsar el torrente narrativo, un texto improbable que De la Calle irá aplazando a medida que entra en contacto con esa fauna herida y obstinada que forman los artistas chilenos, argentinos, uruguayos y mexicanos que han vivido el asesinato de Allende y la pesadilla pinochetista que

Patricio Guzmán cifró en *Nostalgia de la luz*, el movimiento Montoneros y las complejas andanzas de la Orga, la radicalización de los Tupamaros y la matanza de Tlatelolco en septiembre del 68.

A todos estos despojados de la Historia regala De la Calle una voz y un espacio, mientras articula un abrumador paratexto por el que desfilan Antonio Seguí y León Ferrari, Roberto Matta y Luis Felipe Noé, Alberto Greco y Joaquín Torres García, Décio Pignatari y Hermenegildo Sábat, Juan Pablo Renzi y Julio Le Parc, la brillante plétora de creadores que, desde su rincón del mundo, levantaron esa vanguardia tantas veces ignorada por oposición a la de su poderoso vecino del Norte, y que constituye una de las más extraordinarias y a la vez desconoci-

das manifestaciones artísticas del que Eric Hobsbawm reputó como «siglo corto». De la Calle se niega a convertir su obra en un emotivo panegírico o en una bienintencionada hagiografía.

Rescatar el heroísmo personal y la ambición artística de estos hombres y mujeres para concluir con una promesa de justicia y éxito sería ingenuo, incluso deshonesto. Pangloss no tiene cabida en *Pinturas de guerra*. En ese sentido, De la Calle no se permite una mirada dulcificada y victoriosa a estas estéticas de la resistencia que denunciaron la violencia y la sinrazón mediante sus actitudes y sus aptitudes, en la línea ya mencionada de la novela de Weiss y su intento por clarificar las relaciones entre compromiso ideológico y compromiso estético. El colofón del cómic, que sobrecoge por lo que encierra de triunfo de la *realpolitik*, nos devuelve a una lectura incómoda y ciertamente trágica de los movimientos democráticos en América Latina. La medalla al mérito que la viñeta de clausura promete como recompensa en el pecho del torturador es algo más que un patético oxímoron. Evidencia la verdad doliente que uno de los personajes de *Pinturas de guerra*, sirviéndose de dos versos de Nicanor Parra, expresa con menos resignación que asco: «Creemos ser país / y la verdad es que somos apenas paisaje».



Ilustración de portada de «Pinturas de guerra»